QUIPU VIRTUAL

BOLETÍN DE CULTURA PERUANA - MINISTERIO DE RELACIONES EXTERIORES - Nº 235 29/11/2024

ANGÉLICA PALMA Y LA NOVELA HISTÓRICA

ANGÉLICA PALMA Y LA NOVELA HISTÓRICA

Giovanna Pollarolo*

Se reedita *Tiempos de la patria vieja* (Lima, Maquinaciones, 2024), novela histórica de Angélica Palma Román (Lima, 1878-Rosario, 1936), destacada escritora, maestra y precursora del feminismo en nuestro país.

«Concurrida, animada y hermosa fue la velada que el 3 de este tuvo lugar en casa de nuestra amiga, la señora Clorinda Matto de Turner», escribe, en setiembre de 1888, un anónimo cronista de la revista *El Perú Ilustrado,* en una reseña en que destaca la participación de Angélica Palma, «el gracioso vástago de nuestro don Ricardo que tan bien sabe llevar su nombre». La niña, en esa ocasión, declamó «'Mujer escritora'» letrilla de la señora Cabello» ante un público conformado por poetas, escritores, pintores, músicos, periodistas. Angélica, quien por entonces tenía 10 años, fue sin duda la hija preferida de Ricardo Palma: «Yo adiviné la rara inteligencia de esta niña, cuando a los cuarenta días de nacida, hice notar a Cristina la vivaz persistencia de su mirada» le escribió a su amiga Juana Manuela Gorriti, pocos meses después del nacimiento de su primera hija. Más tarde, el 8 de junio de 1891, cuando planea viajar a España, le escribe a su amigo Vicente Riva: «Si llego a hacer el viaje, me acompañará mi hija Angélica, que es una literatilla de doce años». Y, efectivamente, viaja un año a Europa con Angélica y Ricardo (segundo hijo de su matrimonio con Cristina Román)[1].

La «literatilla» crece y se convierte en su secretaria y asistente. En 1911, cuando tiene 24 años, muere su madre. Y, como hija mayor, queda a cargo del hogar y el cuidado de su padre y hermanos. Las recargadas labores domésticas, además de secretaria y asistente del padre, fueron sus actividades visibles, y podría pensarse que las únicas, por el tiempo que le demandaban, según dan cuenta quienes la conocieron y escribieron sobre su vida y obra en *Angélica Palma* (1937), publicación que la Sociedad «Amigos de Palma» editó en 1937, en homenaje a su memoria[2].

Resulta significativo que buen número de testimonios coincidan en el elogio a la hija secretaria y enfermera, y solo algunos pocos destaquen a la escritora, periodista y educadora. Como «Hija amantísima, [que] desempeñaba, al lado del ilustre anciano, aquella triple tarea de lazarillo, enfermera y secretaria», la califica José de la Riva Agüero en su «Discurso de Homenaje» del 18 de marzo de 1936, coincidiendo con Antonio Sagarma, Ministro de la Suprema Corte, quien en 1935, ante el féretro en Buenos Aires, la recordó cuidando a su anciano padre y, después, dedicando su vida a mantener su memoria. Luis Fernán Cisneros, amigo de infancia y juventud de Angélica por la amistad de su padre, Luis Benjamín Cisneros, con el «eximio tradicionista», resumió así su vida en el discurso que pronunció en Buenos Aires: «La hija fue todo para el padre ilustre: su debilidad primero, su vanidad después, su amiga más tarde, su colaboradora luego, su báculo en la vejez, su lazarillo en la decrepitud y la mano que él apretó largamente en su agonía». Pero también fue «la vestal de la supervivencia gloriosa del maestro», pues tras la muerte del padre: «Ella seguía trabajando para él como cuando vivo: reeditaba sus *Tradiciones* [...], escribía la biografía {...}, rastreaba sus autógrafos, repetía incansable sus anécdotas {...} y estaba al pie de todas las estatuas del padre».

Aunque autores como Riva Agüero destacan sus dotes literarios, los panegiristas no parecen reparar en que, desde 1907 y hasta 1919, año de la muerte de su padre, Angélica construía silenciosamente su propia obra, publicaba crónicas quincenales en la revista *Variedades*, bajo el título *Crónicas de una turista*, y en la revista *Prisma*, empleando el seudónimo de Araceli. Como Araceli, dio a conocer, además, relatos y poemas en *Arequipa Ilustrada*. Después cambió Araceli por Marianela, otro emblemático personaje de Benito Pérez Galdós. En 1913, publica el poema «De saya y manto» en *Hojas Selectas* (Barcelona, Salvat). En 1918, en el *Mercurio Peruano*, aparece la pequeña novela epistolar *Cartas son cartas.* Y también firmada por Marianela, su primera novela, *Vencida. Ensayo de novela de costumbres*, que incluye el relato *Morbus Aureus*, (Barcelona, Salvat). Será en 1921, simbólicamente el año en que el Perú celebra el Centenario de la Independencia, cuando Angélica Palma dio a conocer, sin recurrir a ningún seudónimo, su novela *Por senda propia*. Tenía 43 años.

¿Qué razones explican la decisión de revelarse como escritora una vez muerto el padre? ¿Acierta Riva Agüero cuando señala «su pudorosa y extremada reserva literaria, que frisaba en timidez»? El periodista Antonio Garland ensaya una explicación más contundente: «Tal vez, en su profunda devoción hacia el genial progenitor {...} creyó Angélica Palma en sus primeros tiempos, en la necesidad discretísima de ocultar un apellido que tanto pesaba en las glorias del idioma». El escritor José Gálvez también se refiere al «pudoroso recato» de Angélica Palma, pero va más allá y elogia la falta de ambiciones personales. Lo cierto es que la salida del ámbito privado al público como mujer letrada, una vez fallecido el patriarca, evidencia un afán independentista y liberador tanto en el título de esa novela, como en el tema de la siguiente, *Tiempos de la patria vieja* (1926).

En *Tiempos de la patria vieja*, la gesta independentista le permite elaborar desde la ficción, mediante un conflicto familiar, su propia situación de «vestal», de hija que ama al padre pero anhela construir su camino. La novela refiere la gesta liderada por Simón Bolívar en el tramo definitivo, que se inicia con Lima vuelta a tomar por el ejército realista y culmina con el triunfo en Ayacucho. Es decir, estamos ante una novela histórica, inscrita en la tradición inaugurada por el prolífico escritor español Benito Pérez Galdós, a quien tanto admiró, y que consiste en urdir tramas en el marco de hechos realmente ocurridos y en los que participan los personajes emblemáticos que los protagonizaron, pero que no forman parte directa de los sucesos ficcionales.

Raúl Porras Barrenechea consideró que *Tiempos de la patria vieja* fue escrita «con una finalidad conmemorativa» y en el marco «de un concurso». En efecto, entre las celebraciones conmemorativas, el gobierno de Augusto B. Leguía convocó el «Concurso del Centenario de la Batalla de Ayacucho» en las áreas de poesía y novela. El jurado de novela, conformado por Luis Varela y Orbegoso, Juan B.

de Lavalle y Luis Alberto Sánchez dio como ganador a José Félix de la Puente, con su novela *Por la estirpe. Novela colonial*, y otorgó el segundo premio a *Tiempos de la patria vieja. Novela histórica* de Angélica Palma.

Premiada en 1924, publicada en Buenos Aires, en 1926, y muy poco difundida, han tenido que pasar cien años para que llegue de nuevo a los lectores. La novela aborda el hecho histórico desde una perspectiva compleja y, diría, transgresora. No solo, como escribió Porras Barrenechea, asombran «la exactitud y el ajuste perfecto de cronologías y sucesos, la veracidad del ambiente, conseguidos por quien nunca hizo profesión de erudita», sino que es elaborada desde una propuesta historiográfica planteada recientemente por algunos historiadores. En efecto, tanto la historia oficial como la memoria colectiva concibieron la gesta independentista como un hecho glorioso y heroico, en el que los patriotas lucharon por la causa y vencieron al enemigo invasor, expulsándolo del territorio y fundando la nación peruana. Es decir, la Independencia fue deseada y conseguida. Esta certeza animó las celebraciones del Centenario. Las del Sesquicentenario (1971), en cambio, fueron marcadas por la tesis de los historiadores Heraclio Bonilla y Karen Spalding, para quienes fue «concedida», porque se obtuvo gracias a la participación de ejércitos extranjeros y era poco deseada {...}. Más tarde, empezó a desarrollarse otra visión. Carlos Contreras y Luis Miguel Glave (2015), siguiendo las tesis de Tomás Pérez Vejo, proponen que las guerras por la Independencia fueron «lo que hoy entenderíamos como guerras civiles, en las que una sociedad se ve desgarrada por la existencia de proyectos alternativos e incompatibles de organización económica, social o política». Es decir, guerras «entre conocidos», familiares, amigos.

En Buenos Aires, 1936

Aun cuando una línea narrativa de la novela de Palma está en sintonía con la gesta independentista y la celebra, el énfasis está puesto en la ruptura y el desgarro familiar. Así, se percibe como una guerra civil de manera explícita desde la escena inicial, que ofrece la imagen de una familia cuyos miembros participan en el rezo del rosario: el padre, Rodrigo Hinestroza «noblote y testarudo como legítimo castellano»; la madre, Juana Rosa Centeno, criolla bastante más joven que él; la abuela materna, también criolla; los jóvenes hijos de la pareja, Rosario y Fernando y los esclavos. Parece reinar la armonía {...} pero cuando don Rodrigo pide rezar «un padrenuestro y un avemaría para que vuelva la paz a este desventurado país con el triunfo completo de nuestro rey y señor», la voz narrativa pregunta «¿Se unieron a la oración todos los presentes?». La pregunta destruye la idílica escena, pronto sabremos que oculta miedos, tensiones, secretos, mentiras e incluso odio; sentimientos que padece la sociedad entera inmersa en una guerra política en la que los contendientes se disputan el poder. Esa noche, el adolescente hijo finge acostarse y cuando sus padres están dormidos abandona la casa para dirigirse a una reunión donde un grupo de patriotas conspira contra el virrey.

El drama se desencadena cuando Hinestroza descubre que su hijo ha abrazado la causa libertadora con la complicidad de Rosario. Como español peninsular, aun

Ricardo Palma y su familia, ca. 1910

cuando su familia sea criolla, se enrola en el ejército realista, a pesar de su avanzada edad. Su visión de la lucha independentista se evidencia en la narración de los sucesos finales en torno a la Batalla de Ayacucho y la firma de la Capitulación, y en cómo afectan al monarquista Hinestroza y a su familia independentista, como alegoría fundacional de la nación. El relato de la tregua concedida por los jefes de ambos ejércitos a fin de que amigos y familiares que militan en bandos contrarios se reúnan y «disfruten de un momento de afectuosa expansión», da cuenta de que asistimos a una guerra civil. Lo mismo se puede afirmar de la narración del hecho histórico de la firma de la Capitulación que pactan los generales Sucre y Canterac. Por este pacto, quedan libres todos los prisioneros y el Estado peruano se compromete a facilitar el transporte de quienes deseen abandonar el país, a apoyarlos económicamente hasta su partida, guardándoseles la debida consideración. Asimismo, les concede el derecho a disponer de sus bienes y propiedades, y a radicar en la República sin ser incomodado por sus pasadas opiniones. Tras la firma de tan generoso pacto, Sucre y sus generales invitan a sus pares españoles a un almuerzo en Quinua, donde acude también Hinestroza. «Muchos casos de parientes próximos combatiendo en filas opuestas se han visto en esta guerra», comenta el general Valdés. «Luchábamos entre conocidos», responde Sucre.

Vemos así que la lectura que hizo Angélica Palma en su novela está más cerca de las interpretaciones historiográficas actuales que de las decimonónicas, que construyeron la memoria colectiva y animaron las celebraciones del Centenario. No obstante, no hay que olvidar, porque Palma lo destaca, el afán de libertad que, aun cuando fuera una utopía, anima a los personajes jóvenes como Fernando y Rosario, ansiosos por liberarse del yugo del padre y trazar su «senda propia», el mismo afán de Angélica Palma, la autora: amó, asistió, fue enfermera y secretaria de su admirado padre, pero también luchó por su propio nombre, por transitar su propia senda. En ocasiones, parece decirnos esta novela, es preciso enfrentar a quien detenta el poder. Léase: el rey Fernando VII. Léase: Ricardo Palma, el patriarca.

1. Angélica Palma volvió a España y viajó por Europa entre 1919 y 1924, y entre 1929 y 1931.
2. En agosto de 1935, Angélica Palma viajó a Argentina y Uruguay para asistir a una serie de homenajes a su padre. Estuvo en Buenos Aires, La Plata, Montevideo y Rosario. Allí, luego de un acto, enfermó súbitamente y falleció el 6 de setiembre de 1935. Tenía 56 años. Sus restos fueron trasladados a Buenos Aires y sepultados en el cementerio de la Recoleta. El 21 de marzo de 1936, fueron repatriados a Lima. Los discursos pronunciados con motivo de las ceremonias fúnebres así como artículos periodísticos en su memoria se incluyeron en el mencionado libro.

---

*Poeta, escritora y profesora de la Pontificia de la Universidad Católica del Perú. El texto aquí publicado es una versión condensada de su prólogo a la reedición de *Tiempos de la patria vieja*.

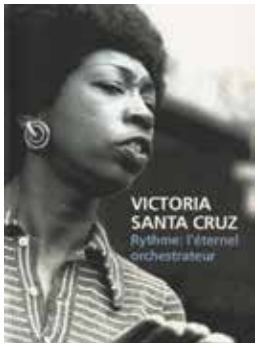
NAVES DE ORIENTE Y OCCIDENTE

La reciente inauguración del puerto de Chancay, a unos 80 km al norte de Lima, llamado a tener un rol protagónico en la navegación comercial entre América del Sur y Asia, invita a recordar el inicio de la aventura náutica entre las costas orientales y la costa peruana hace más de cuatros siglos, cuando soplaban los vientos de la llamada primera globalización y se iba consolidando la expansión hispana en nuestro continente. Según recuerda el conocido escritor e historiador peruano Fernando Iwasaki Cauti en su libro *Extremo Oriente y el Perú en el siglo XVI* (Lima, PUCP, 2005), en 1581 llegó al puerto del Callao un primer galeón procedente de Manila, la nao *Nuestra Señora de la Cinta*, con una pieza de artillería para la defensa de la plaza y un considerable cargamento de productos asiáticos.

Iwasaki precisa que «en la naciente Ciudad de los Reyes se traficaba con mercaderías chinas, circulaban los libros que describían fabulosos viajes orientales, atracaban naves que esparcían la noticia de las riquezas de las Filipinas, predicaban misioneros que deseaban el martirio en el Japón, se instalaban órdenes religiosas que llegaron con una amplia experiencia evangelizadora en el Oriente y comenzaban a figurar en los censos los primeros chinos y japoneses del Perú. Podemos suponer entonces que ese extremo del mundo no fue en absoluto ajeno a las ensoñaciones y ambiciones de una sociedad codiciosa y siempre dispuesta al movimiento centrífugo o la disidencia».

En el viaje de vuelta de ese galeón se embarcó un sevillano afincado en nuestra capital, Juan de Mendoza Mate de Luna, «encomendero de Mama, veterano de Arauco y gobernador de Santa Cruz de la Sierra». Mendoza escribió una interesante relación de su viaje «desde la ciudad de Lima, en el Pirú, a la de Manila en las Philipinas, y a la China, año de 1583» (transcrita a manera de primicia por Fernando Iwasaki entre los anexos de su libro), y en la que, según recuerda, el trayecto hasta Filipinas fue hecho «en setenta y cuatro días, sin tener en el dicho viaje contraste alguno, sino tiempos de bonanzas y quince días de calma». Citando el conocido estudio de Nicolás Sánchez Albornoz sobre la población de América Latina, Iwasaki da cuenta también de un padrón de Lima, fechado en 1613, donde se registra la presencia de 114 personas de origen asiático, de los cuales «38 eran chinos o filipinos, 20 japoneses, y los 56 restantes de la "India de Portugal", categoría que comprende a varios malayos y un camboyano».

AGENDA



EL RITMO PERDURABLE DE VICTORIA SANTA CRUZ

Luego de la exposición *París me llama*, organizada en nuestra capital por diversas instituciones para conmemorar el centenario del nacimiento de la notable compositora y coreógrafa Victoria Santa Cruz Gamarra (Lima, 1926-2014), ha aparecido, en edición bilingüe español-francés, el libro que escribió y publicó cuando era ya una mujer octogenaria de celebrada trayectoria. Se trata de *Ritmo: el eterno organizador* (2004), en francés: *Rythme: l'éternel orchestrateur*, breve y sustanciosa obra, cargada de aforismos y con algunos recuerdos oportunos, en la que condensa la visión filosófica de su experiencia vital y su práctica creadora. El libro, publicado originalmente por ediciones Copé, ha sido editado ahora por la asociación Repercute, con el apoyo de la Biblioteca Nacional del Perú y la Embajada de Francia en nuestro país, y fue presentado en días pasados en la sede parisina del Instituto Cervantes. Por cierto, Victoria Santa Cruz, figura emblemática e inolvidable de la cultura afroperuana, residió a inicios de los años 60 en París, gracias a una beca del gobierno francés que le permitió cursar allí estudios de especialización teatral y coreográfica.

MINISTERIO DE RELACIONES EXTERIORES

DIRECCIÓN GENERAL PARA ASUNTOS CULTURALES

CENTRO CULTURAL
INCA GARCILASO
Ministerio de Relaciones Exteriores
del Perú

Jr. Ucayali 391, Lima 1, Perú
quipuvirtual@rree.gob.pe

www.ccincagarcilaso.gob.pe